

## SERMON

PARA EL MIERCOLES DE LA PRIMERA SEMANA  
DE CUARESMA.

IDEA. CARACTERES DE LA CONCIENCIA.

*Generatio mala, et adultera signum quærit* (Matth.  
12. v. 39.).

¿Me haceis vosotros hoy la misma pregunta que el pueblo Hebreo hizo á Samuel, para saber si llevaba un espíritu de dulzura, ó si iba de parte de Dios á anunciarles alguna orden rigurosa? No os asustéis de mi presencia, respondió Samuel: venid conmigo, y ofreceremos juntos un solemne sacrificio á Dios; tened cuidado de santificaros. Pero yo os doy una respuesta del todo contraria. Yo os declaro que, á ejemplo de Jesucristo, no vengo á anunciaros la paz, sino la guerra; vengo á turbar el funesto reposo en que yace la mayor parte de los cristianos: vengo á dar una señal que discierna la conciencia de esta generacion mala y adúltera. ¿Qué cosa mas miserable, dice San Agustin, que un hombre que excita la compasion en todos los que le miran, al paso que él mismo no se compadece de sus propios males? hoy se trata de despertar esa conciencia dormida, que es la causa de la infelicidad del pecador, y demostrarle que se hace inexcusable si rehusa oír su voz. Para lograr este intento, me propongo hacer patente cómo la con-

ciencia nos ilustra, *primera parte*; y despues descubrir los varios artificios con que cada uno hu-ye de su conciencia, *segunda parte*. La conciencia hace de su parte todo lo que debe para instruir al pecador, y esto lo vereis probado; que nuestra conciencia es á un mismo tiempo nuestra guia, nuestro testigo y nuestro juez. El pecador hace de su parte todo lo posible para huir de la conciencia, y este desórden lo refiere Tertuliano á dos causas: primera, se obscurece la conciencia de suerte que no conoce lo que debia conocer; segunda, lo que no pueden menos de ver, se les presenta con diferente carácter de lo que en si es. Ved aqui, pues, las señales de la conciencia.

## PRIMERA PARTE.

En vano procuramos muchas veces encubrir con las tinieblas de la noche nuestras maldades, y procuramos buscar lugares apartados de la vista de los hombres para cometer nuestras culpas: en vano la superioridad de nuestro estado, la abundancia de nuestras riquezas, y la vanidad de nuestro lujo, hacen callar á los que ven nuestras injusticias: á cualquier parte que vamos, cualquier estado que tengamos, la conciencia se halla siempre con nosotros; y en medio de los lisonjeros aplausos que nos tributan las almas viles é interesadas, nos avergüenza con sus acusaciones, y nos cubre de confusion con sus avisos. Ella sola dentro de nosotros, dice Origenes, es la que poné todo su cuidado en instruirnos;

sus consejos nos conducen á lo bueno, y sus amenazas nos apartan de lo malo.

El mismo Dios que conducia á su pueblo por medio de una columna de fuego, nos muestra el camino del cielo por medio de la conciencia: en vano el hombre se resiste á su voz. Es preciso que para amar una cosa, tenga á lo menos la apariencia de buena; el hombre solo goza de reposo cuando se disfrazá á sí mismo su propia flaqueza: el vicio tiene una cosa que aterra demasiado, y nadie quiere verle sin máscara. La Providencia ha derramado sobre el desórden un carácter de vergüenza que no es fácil el borrar: percibe cada uno dentro de sí no sé que voz que le recuerda sentimientos de rectitud y equidad; ¿y cuál es esta voz sino la conciencia?

¡Oh qué testigo es la conciencia! es un testigo que no se puede alejar de nosotros; es imposible coartarle ó pervertirle: es un testigo interior que nos sigue á todas partes, así en la soledad como en los pueblos, así de noche como de dia, así en los lugares mas desiertos como en los mas frecuentados. No se puede rehusarle; todo lo sabe, todo lo vé, y no incomodan tanto al pecador los ojos de los que le miran, como el suyo propio, dice San Bernardo. Es, finalmente, un testigo, pero un testigo incorruptible. Los demás testigos hablan como hombres; pero este habla como encargado de la comision de Dios. Los testigos humanos con sus declaraciones favorables, procuran consuelo aun en los mas culpados; pero este siempre sincero, y á la prueba de toda venalidad, siembra la turbacion en medio de los placeres mas

risueños. Ella es un testigo que nadie puede rehusar. El soberano Maestro declara á Cain que la conciencia es un testigo: ¿qué pretende tu odio secreto con tu hermano? al punto que te hayas manifestado contra él, se presentará tu pecado á tus ojos para vituperarte tu fealdad. Señal evidente de que la conciencia es un testigo fiel, cuya deposicion no se puede rehusar.

Yo sé que muchos quisieran libertarse de este testigo, y ponerse en estado de evitar los remordimientos de la conciencia; pero cuanto mas lo apetezcan, tanto mas será imposible: la conciencia persigue siempre al pecador; en vano el impío para distraer este testigo, corre furioso á los objetos propios á cegarlos; en vano se le ve pasar de un placer á otro, buscando nuevos gustos: su conciencia sangrienta y desapiadada le despierta en lo mas fuerte de la embriaguez, y le enseña que siempre está la guerra preparada contra los que adoran la Bestia. Así es, que en nuestras dudas solo necesitamos consultar á la conciencia: verdad fundamental que la Santa Escritura nos enseña con estos términos tan precisos y enérgicos: en todas vuestras acciones creed lo que os dicta el alma, sed fieles á ella, pues de este modo guardareis los mandamientos.

¿Quereis saber si es permitido asistir á los espectáculos? ¿si la moral del Evangelio se acomoda con vuestras diversiones? ¿si la costumbre del mundo podrá disculparlas? ¡eh! ¿para qué os fatigais en consultar sobre este punto doctores y casuistas? dentro de vosotros mismos hallareis á toda hora la decision mas sólida: consultad vues-

tra conciencia. Se presenta un empleo importante, pero arriesgado para la salvacion vuestra: requiere tales talentos, conocimientos muy extensos, y una larga experiencia; vosotros fluctuáis entre el deseo de lograrlo y el temor de perderlo, os apuráis en hacer consultas y averiguar; ¿pero qué dice la conciencia? Para socorrer la familia, es preciso colocar un hijo en el estado Eclesiástico, y procurarle un beneficio; los amigos ofrecen un bello valimiento, y la ocasion es bella y seductiva; pero este hijo tiene otras inclinaciones y otras miras; conocéis bien su insuficiencia, ¿pues qué partido tomaremos? vosotros venís á consultar; mas decidme, si sois cristianos, cuál ha sido el primer clamor de vuestra alma: esa es vuestra decision; buscáis principios para arreglar vuestra conciencia, para educar vuestros hijos, para desempeñar vuestros empleos, convengo en que debéis hacerlo, pero sea consultando el Evangelio y el ejemplo de los Santos. Todas estas luces serán como una lámpara que os hará ver la Ley escrita en vuestro corazon.

No disimularé que se hallan algunos atrevidos pecadores, dichosos en la apariencia, que conservan en lo mas vivo de sus desórdenes una tranquilidad que solo es capaz al justo. David fue uno de los que conmovió este escándalo. Mis pasos titubeaban, y casi me he turbado al ver la paz y seguridad de los pecadores. No temais, gran Rey, esa paz es superficial, y durará poco tiempo; ó para hablar con propiedad, como vos reconocéis, jamás los impíos tuvieron verdadera paz.

No, continúa David, generacion mala, pecadores infelices, no desmentireis jamás el testimonio de vuestra conciencia, de vuestra guia, de vuestro juez.

Si: la conciencia es un juez; ¿pero qué juez! es un juez que inquieta, que contrista, que amenaza, que atemoriza aun en medio de los placeres, y del sueño de la noche; es un juez, pero un juez ilustrado á quien nadie puede engañar, un juez perspicaz á quien nada le embaraza, un juez íntegro á quien nada detiene, un juez inflexible que no contento con condenarnos, arma contra nosotros hasta las criaturas insensibles. Esta conciencia dá voz á las paredes, á las piedras, á los rayos, á las sombras y á los enojos para condenarnos: de aquí nacen, dice San Juan Crisóstomo, los terrores, los miedos, y las agitaciones horrosas que turban al pecador condenado por su conciencia: á quien todo lo que ve, y todo lo que oye, le espanta y atemoriza. Este pecador no percibe sino clamores de muerte, y gritos de un Dios irritado. Huye sin que nadie le persiga.

Así se condena Saul, y da la preferencia á David su enemigo: así Cain confiesa su homicidio, y se juzga digno de muerte: así Adán, despues de su desobediencia, no puede tolerar la voz del Señor: la conciencia los habia sentenciado, y ella quiso que confesasen su culpa; y así cuando fastidiado un cristiano de la vida tumultuosa quiere volver á entrar en su interior, no necesita buscar léjos de sí un censor de su conducta, pues le encontrará en sus propias reflexiones. ¿Dónde estoy yo? ¿Dónde se han

pasado, les dice este juez, los primeros años de mi vida? ¿Por qué los he gastado en la disipacion, en la lujuria, en el olvido de Dios? ¿No lo he hecho por escuchar una pasion vergonzosa que me arrastraba á la perdicion? ¿qué he sacado yo de todos estos deleites? ¿qué consecuencias ha tenido aquel proyecto criminal formado en las tinieblas, aquella venganza discurrida con tanto ardor, y concertada con tanta malignidad? ¡Ay de mí! Esto me recuerda el juez interior, que no me puede engañar. Esto me dicta la conciencia, que es mi guia, mi testigo, y juntamente mi juez; estas son las voces de mi conciencia, y á ellas ¿cómo correspondo yo? como corresponde el infeliz pecador; vedlo en la

### SEGUNDA PARTE.

El primer desórden del pecado es cegar la conciencia, para que no vea las cosas mas patentes. La misma inclinacion que induce á vivir consigo en paz, es causa de que cubra con mil velos groseros lo que no le conviene mirar. Como el pecador es heredero del orgullo de nuestros primeros Padres, procura encubrirse aunque sea con solas hojas de árbol; esto es, quiere justificarse con las mas intolerables excusas, pues hasta aquí llega la ceguedad del hombre, como dice San Agustin. No sería gran mal el sujetarse á una multitud de pasiones criminales, si al fin se confesase culpado; pero lo mas deplorable es, que con una vida llena de culpas y desórdenes, quiera todavía pasar por hombre justo y de conocida piedad.

La elevacion, los empleos, la edad, el temperamento, y otra infinidad de pretextos tan comunes como frívolos, vienen á servir de títulos especiosos para paliar su impiedad. ¿Por qué hemos de condenar una conducta alegre, que no precipita en excesos? Se puede vivir arregladamente, sin ser uno feroz ni agreste; se conocen y aplican al pudor las márgenes que le convienen, y sería muy infeliz el que necesitase abandonar el comercio de la amistad mas inocente. Las máximas menos austeras, no son hoy dia mas peligrosas; y finalmente se vive segun el ejemplo de infinitos cristianos reputados por buenos, y sería muy enojoso de oír ó entender otro mal mayor que ellos: estos pretextos son suficientes para exponer su corazon sin escrúpulo á los mas venenosos tiros del vicio, y su razon débil á toda suerte de peligros. Entonces se bebe la mortal ponzoña que se nos prepara, porque se nos presenta por una mano agradable.

Mucho es menester para que el conocimiento de nosotros mismos iguale al que tenemos de otro: si se trata de sus defectos, ¿cuál es el que se escapa de nuestras malignas investigaciones? Se descubre hasta lo mas secreto, las flaquezas mas pequeñas se exageran, se ponen á la vista de todos, y se interpretan en el peor sentido; lo falso pasa por verosímil, lo verosímil se reputa por cierto y demostrado: nada perdona la vivacidad de un espíritu crítico, y si se acusa de algo es de haber usado de mucha suavidad en sus censuras; pero nuestros defectos aunque sean groseros, aunque sean señalados con escandalosas

caidas, es una materia privilegiada, á la cual no nos es permitido tocar, porque queremos conservarlos con menos turbacion.

Nada es capaz de retener al impío que llenó el colmo de la iniquidad: antes se contenia en su deber por el temor de la justicia Divina, que la religion nos la presenta tan terrible en sus juicios; la imágen espantosa de los suplicios eternos detenia el curso de la iniquidad; el temor servia como de freno á las pasiones, y era como una guardia vigilante y severa puesta á la puerta del corazon para alejar de él los vicios; pero ahora que no le asusta ya la mano que le amenazaba, ni siente la que le hiere, y se han perdido ya los gritos de su conciencia y los golpes con que el Cielo le amonestaba; ¡cuántos excesos comete! ¡cuántas impiedades, cuántos desafueros! Es un torrente que ha roto sus diques: un pecado trae otro pecado, como las ondas que unas impelen á otras; cada paso que da, le sepulta mas en el abismo; cada dia produce nuevos monstruos; él mismo se espanta de sus propios horrores; ya no sabe en qué ha parado su religion; abre los ojos, y no percibe ningun rayo de luz; una espesa nube se ha atravesado entre Dios y él, y no puede disiparla.

Considerad, os ruego, hasta dónde llega la contrariedad de sentimientos en un mismo hombre: ¿se trata de los bienes de fortuna? no cesa de extender su vista mas allá de su estado para animar su codicia; pero si se trata de los bienes de virtud, baja sus ojos naturalmente á los mas culpables, para que su cobardía halle apoyo en

la balanza que inclina á su favor: se conviene en que es pecado emplear mucho tiempo en juzgar; pero dicen que esto es mejor que murmurar. Es pecado perder horas enteras en adornarse; pero esto es mejor que emplear el corazon en el dinero. Despues de esto se tranquilizan, se aplauden á sí mismos, y bendicen á Dios con orgullo farisáico, creyéndose apartados de la masa de la corrupcion. ¡Qué estado tan infeliz! ¿en qué paran estas funestas paliaciones de conducta? se da entrada al espíritu de tinieblas, que finalmente esparce en el alma una total insensibilidad. Adhesion al mundo, amor á los deleites, disipacion continua, desprecio de las gracias, disgusto de todo, y profanacion de los Sacramentos; este es el primer estrago que hace en el corazon, ó por mejor decir, Dios mismo, segun el sentir de San Agustin, derrama densas tinieblas sobre los placeres ilícitos del pecador: no porque Dios positivamente ciegue al pecador, sino porque ya no le ilustra, y bien presto le entrega francamente á los deseos de su corazon, cuyo único fin es contentar las pasiones.

Este es el carácter propio de cristianos ambiguos, los cuales para mantenerse en una profesion apacible de innumerables malas costumbres, se esfuerzan á conciliarlas con Jesucristo y sus máximas, y aun á unir las si pudieran á pesar de su oposicion: hombres que por un nuevo secreto desconocido en la Iglesia, y que jamás hallarán en ella, estudian mitigaciones que lisonjean su gusto, sin alterar demasiado á su conciencia: hombres, que como nuevos Joabes, quieren cumplir

con las dos partes, y eligen las máximas de la religion que no se oponen á sus intereses, á su capricho, ni á su humor: hombres, que como Rebeca, crian en su mismo seno Jacobos y Esaús para educarlos juntos; finalmente hombres, que léjos de arreglar sus deseos segun su conciencia, arreglan al contrario su conciencia segun sus deseos.

Tal es el desórden de nuestro capricho, que quiere sujetar la conciencia á los usos y costumbres del siglo; ¿no es este el especioso pretexto con que se eluden nuestras exhortaciones? Si preguntamos cual es el fruto de los excesos, de esos adornos supérfluos, de esos placeres, de esa mezcla mal compuesta de amor al mundo y educacion cristiana; ¿qué hemos de hacer? responden excusándose, siempre se ha vivido así; estas costumbres no las ha introducido la novedad, las hemos encontrado establecidas, y estamos en disposicion de seguir las. ¡Ah infelices! así deslumbráis vuestra conciencia.

Ved aquí, pues, el consejo que os doy, y con el que concluyo; esto es lo que dice el Señor: muchos caminos se ofrecerán á vuestra vista, muchas veces sereis incitados á caminar por las sendas anchas y frecuentadas de la concupiscencia; pero, creedme, no juzgueis de la seguridad de esos caminos por la multitud que corre por ellos. Despues que la verdad eterna ha declarado, con una especie de asombro, que el camino de la virtud es estrecho, es un terrible presagio de condenacion caminar con la multitud; las sendas mas desconocidas y menos pisadas son co-

munmente las mejores. Considerad con atencion todos los caminos antes de entrar en alguno; preguntad por las sendas que anduvieron vuestros padres, señaladas por Jesucristo y sus Apóstoles, para que vosotros camineis tambien por ellas con perseverancia y teson, y por este medio hallareis la paz de vuestras almas, no solo en esta vida temporal, sino tambien en la eterna. Amen.

## SERMON

PARA EL VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA  
DE CUARESMA.

IDEA. UTILIDADES DE LA CONFESION, Y MEDIOS PARA HACERLA  
FRUCTUOSA.

¿*Vis sanus fieri?* (Joann. 5. v. 6.)

Todo lo que ligareis en la tierra, dice Jesucristo á sus Apóstoles, y en su persona á todos sus ministros, será ligado en los cielos; y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo. Tiemble la heregía al oír estas palabras llenas de autoridad y poder, y los hijos de la Iglesia se llenen de regocijo á vista del triunfo de la fe; y todos los fieles bendigan al Señor por haber dado tanto poder á hombres mortales, como el de absolver, curar y reconciliar á otros hombres con Dios. Poder admirable, exclama San Juan Crisóstomo, que no se ha concedido á